

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

DIRECTORES

LITERARIO D. VALENTIN GOMEZ RELIGIOSO D. FRANCISCO CAMINERO

PROPIETARIO

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.

Madrid 28 de Setiembre de 1878

NÚMERO 12

SUMARIO

Texto. Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por D. Valentin Gomez.—Los Apostólicos, por don Torcuato Tarrago.—El diablo Babil, per el Conde de P.—Silvio Antoniano, por V. Suarez Capalleja.—La Ciencia y la Fé, por D. Rafael Rico.—El castillo de terciopelo, novela de Paul Féval, traducida por doña Balbina Antúnez.—Movimiento religioso.—Miscelánea.—Jeroglífico.—Anuncios.

GRABADOS: Ilmo. Sr. Dr. don Juan Lozano y Torreira, Obispo de Palencia.—La vision de Ezequiel.—Vista de Meketo (Africa central).

NUESTROS GRABADOS

Ilmo. Sr. Dr. don Juan Lozano y Torreira, Obispo de Palencia.—Figura dignamente entre los egregios nombres del Episcopado español el del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Lozano y Torreira, Obispo de Palencia, ilustre por su vasta instrucción y fervoroso celo. Nacido en la ciudad de Santiago de Galicia el 27 de Diciembre de 1814, á medida que crecía en años crecía tambien en amor á la ciencia, de la que llegó á ser ardiente propagador. En 1834, cuando sólo contaba 20 años, recibió la borla de doctor en Sagrada Teología; pero no contento con esto todavía, se dedicó á estudiar la lengua hebrea, la Historia natural y las matemáticas sublimas, cuyos cursos probó con nota de sobresaliente,

como asimismo estudió con igual aprovechamiento los derechos civil y canónico, obteniendo al tér-

Bien pronto, llevado de su amor á la ciencia, abrazó la carrera del profesorado; y desde el dia en que, por nombramiento del Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago, entró á sustituir la cátedra de Sagrada Escritura, aneja á la prebenda lectoral, á la sazón vacante, hasta el punto en que fué elevado á la Silla Episcopal de Palencia, el señor Lozano empleó siempre todas sus fuerzas en la enseñanza, probando ser en ella peritísimo maestro.

Durante el período de su profesorado, enseñó Sagrada Escritura, Instituciones teológicas y Teología pastoral en Santiago, Matemáticas elementales en Pamplona, Historia eclesiástica y Teología dogmática en Oviedo.

Ganó luego por oposicion la prebenda de lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Astorga, donde, ya ordenado de Presbítero, ejerció el Rectorado del Seminario conciliar. Fué luego lectoral de Santiago, y después, por nombramiento del insigne Cardenal Cuesta, Arcediano y Rector del Seminario conciliar de aquella Archidiócesis.

En 22 de Julio de 1865 fué presentado para la Silla Episcopal de Palencia; preconizado en 8 de Enero de 1866, y consagrado en Abril de aquel año en la misma iglesia de la que habia sido Arcediano.

Estuvo en Roma al celebrarse el centenar de San Pedro, y asistió al gran Concilio Vaticano; y

EPISCOPADO ESPAÑOL



ILMO. SR. DR. D. JUAN LOZANO Y TORREIRA, OBISPO DE PALENCIA

mino de esta facultad la investidura de licenciado en Jurisprudencia, por voto unánime del claustro.

Ayuntamiento de Madrid

en cuantas ocasiones ha sido preciso levantar la voz en pro de los derechos de la Iglesia, el señor Obispo de Palencia ha demostrado su vasta instrucción, su profunda piedad y su esclarecida inteligencia, dotes todas que le hacen ser amantísimo de sus diocesanos, que en él se miran como en el espejo de todas las virtudes.

La vision de Ezequiel.—Este magnífico cuadro de Rafael, que se halla en la Galería de Florencia, representa la vision del profeta Ezequiel, en que el Verbo Divino es mostrado al mundo por los cuatro Evangelistas, figurados en sus símbolos respectivos.

Dice Ezequiel:

«Y miré, y hé aquí que venía del Aquilon un viento de torbellino, y una grande nube y un fuego envolviéndose, y á su rededor un resplandor, y de en medio de él, como apariencia de electro; esto es, de en medio del fuego;

Y en medio de él habia semejanza de cuatro animales, y el aspecto de ellos era éste: en ellos habia semejanza de un hombre;

Cuatro caras tenía cada uno, y cuatro alas cada uno... etc.»

Y dice el comentario que la de delante, que era de hombre (según el mismo Ezequiel; v. 10), representaba la humanidad; la del lado derecho, que era de león, la majestad real; la del izquierdo, que era de buey, el sacerdocio y el sacrificio, y la de las espaldas, que era de águila, la Divinidad de Jesucristo. Así lo expresaron á los principios de sus Evangelios los Evangelistas, á cada uno de los cuales se aplica también, alegóricamente, uno de estos cuatro símbolos.

Vista de Meketo (Africa central).—Esta aldea, descubierta en sus *Viajes al centro del Africa* por el explorador Cameron, levanta sus humildes cabañas en un ancho y profundo valle que riega el Kasa, tributario del Lukuga.

Vista desde la montaña que la domina por la parte del Este, aquel valle presenta un cuadro casi perfecto de belleza rural. Campos numerosos de *sorgho* y de *manioc*, contrastan por su verdor con la amarillez de las yerbas ya abrasadas por el sol. Pequeños grupos de cabañas, con techos formados de rastrojo, se ven reunidas á la sombra de bosquecillos de hermosos árboles, mientras ligeros penachos de humo de un azul pálido se desvanecen lentamente en aquel espacio purísimo, anunciando que allí habita el hombre, el hombre degradado por la barbarie, embrutecido por la superstición y la idolatría; pero poseedor de una inteligencia y de una alma inmortal que espera la luz evangélica para adorar al Dios único de la verdad y de la justicia.

A.

REVISTA DE LA SEMANA

Positivamente, los cimientos de la paz están muy lejos de servir para que se levante sobre ellos un edificio sólido y duradero, como se prometían y prometían á Europa los diplomáticos de Berlín.

Cuando se determinó que el Austria ocupara las provincias de Bosnia y Herzegovina, con acuerdo del mismo gobierno turco, no se pensaba que habria necesidad de emprender una campaña formal para imponerse á los insurrectos de aquel país. Y hé aquí que hace ya unos cuantos meses que los austriacos invadieron el territorio convenido, y esta es la hora en que, á pesar de los miles de hombres que diariamente envía el gobierno de Viena al teatro de la guerra, no ha concluido de someterse Bosnia, y sigue resistiéndose tenazmente la Herzegovina. Verdad es que Turquía, á pesar de los compromisos que contrajo en el Congreso de Berlín, atiza el fuego bajo mano, y presta á los insurrectos todo género de auxilios.

Con la misma buena fé procede el Imperio otomano en lo tocante á Grecia. Ni Turquía piensa en rectificar sus fronteras, ni Grecia acaba de decidirse por declarar la guerra á su rival.

En fin, tan lejos está Turquía de cumplir lo estipulado, que el mismo Bismark habia propuesto una acción común de todas las potencias de Europa contra el Imperio otomano, proyecto al cual no ha accedido Inglaterra, porque en esto ve un peligro seguro para su preponderancia en Oriente.

Pero piense Inglaterra lo que le plazca acerca de esto, y sean cualesquiera sus intereses particulares, Europa no debe atender sino al interés general, y el interés general reclama que todas las potencias cristianas, puestas previamente de acuerdo para la constitución de un imperio culto en Oriente, caigan sobre los miserables restos de la media luna, y los arrojen de una vez para siempre de las hermosas orillas del Bósforo, que hace cuatro siglos están profanando con sus hediondes y sus crímenes.

Una de las más grandes glorias del siglo XIX, seria, en efecto, llevar á cabo esta empresa, que exige á un mismo tiempo nuestra fé de cristianos y nuestro honor de pueblos cultos.

Desaparezcan de la hermosa Santa Sofía los ritos del Corán; desaparezcan del suelo europeo las inmundicias del harem, y vuelva la Cruz á brillar en aquellas esbeltas torres á los rayos del espléndido sol de Oriente, quebrándose en las aguas del más bello mar del universo; y vuelva la mujer, al amparo de la Cruz, á ser el ángel del hogar y la cariñosa compañera del hombre en el camino de la vida; no la esclava de sus caprichos, ni el grosero instrumento de sus placeres.

El siglo XIX, el siglo de la electricidad que trasmite las ideas, y del vapor que acerca á los pueblos; el siglo de Pío IX, el Papa de la Infalibilidad, y de Nuestra Señora de Lourdes, la Virgen de los prodigios diarios, sea también el siglo de la ruina del Imperio turco, y en medio de sus grandes extravíos y de sus locuras inauditas, aunque no mayores que las del siglo XVIII, podrá dejar en la historia rastros de brillantísima luz, que contemplarán con admiración las generaciones venideras.

Nuevos motivos de intranquilidad para los optimistas, es la afrenta recibida por Inglaterra del emir de Afghanistan, que no ha querido recibir en su territorio á la misión ó embajada inglesa.

Dícese que el emir ha obedecido á insinuaciones de Rusia, lo cual haría el suceso doblemente grave; pero sea lo que quiera, el gobierno inglés, impulsado por la opinión unánime del país, ha mandado desde la India numerosas fuerzas á la frontera de Afghanistan para exigir satisfacción cumplida, ó imponer castigo sangriento al irreverente despreciador de los súbditos y representantes de la Emperatriz de las Indias y Papisa de la iglesia anglicana.

Si Rusia, en efecto, ha tenido parte en la afrenta, no es probable que deje solo al emir, y como el oso del Norte tiene ganas de habérselas con el leopardo británico, no sería extraño que, á pesar del Congreso de Berlín, y de las seguridades que nos están dando los risueños diplomáticos, el oso y el leopardo vinieran á las manos en el fondo del Asia, por un accidente, al parecer, imprevisto y baladí.

Tarde ó temprano, las cosas caen del lado que se inclinan, según frase de un gran escritor francés, y hace tiempo que Inglaterra y Rusia se inclinan una hacia otra, y al fin caerán recíprocamente una sobre otra.

Es la lógica inevitable de las posiciones, ó, si parece mejor, de las posturas.

Ya se sabe positivamente el número de pasajeros y naufragos de la *Princesa Alicia*. Los pasajeros eran 625 en el momento de la terrible catástrofe, y habiéndose salvado 100, resultan 525 muertos, de los cuales no se han extraído más que unos 200.

Los restos del buque naufragado se han sacado á la orilla del río; y por el lugar donde estaban se ha venido en conocimiento de que la *Princesa Alicia* marchaba por sus aguas reglamentarias; de suerte, que toda la responsabilidad del siniestro cae sobre el *Bywell-Castle*.

La causa principal de que hayan perecido tantos infelices, consiste en que el naufragio se verificó cerca del puente donde desembocan la mayor parte de las letrinas de Londres; así es que, áun muchos que sabían y podían nadar, murieron asfixiados.

Desgraciadamente, las catástrofes de todo género no faltan en nuestro tiempo.

La aldea de Miskoler, en Austria, ha sido completamente destruida por una inundación. Durante la noche se desencadenó una horrible tempestad, y fué tanta el agua que cayó en tres horas conse-

cutivas, que un estanque inmediato rompió sus diques, y convertido en furioso y devastador torrente, no dejó una sola casa en pie. Trescientos cadáveres se habían encontrado ya, según las últimas noticias; pero se calcula en quinientas las víctimas de tan espantosa inundación.

¿Quieren nuestros lectores más infortunios? Pues vuelvan la vista hacia los Estados-Unidos, y contemplen á Nueva-Orleans, y sobre todo á la desventurada Menfis, tan cruelmente azotada de la fiebre amarilla, que apenas le quedan ya habitantes que arrojar á la voracidad del azote.

Pero el 15 de Setiembre no habia para el pueblo de París infortunios, ni lágrimas, ni catástrofes.

La gran revista militar verificada en el bosque de Vincennes, habia atraído una muchedumbre incontable al campo de maniobras, ávida de contemplar el brillante estado del ejército francés, en quien el recuerdo de Sedan es incentivo poderoso de su reorganización.

Cincuenta mil hombres de todas armas maniobraron admirablemente delante de toda Europa, representada por multitud de distinguidos personajes, y delante del pueblo de París, sobre todo, que se lanzó fuera de sus muros para ver la fiesta militar.

La satisfacción fué completa, y desde el mariscal Mac-Mahon hasta el último obrero de los que presenciaban el espectáculo, volvieron á sus casas diciéndolo con mal reprimido orgullo:

—¡Oh! Esta vez los prusianos no llegarán á París.

Y sin embargo, ¡ay! bien pudieran llegar por encima de esos magníficos regimientos y de esas admirables baterías.

Mientras Gambetta pronuncie sus discursos, verdaderos programas de persecución contra la Iglesia; mientras la prensa vomite blasfemias é inmundicias diariamente; mientras la enseñanza oficial esté en manos de los enemigos de toda religión y de toda sociedad cristianamente organizada, los prusianos, ó cualesquiera otros que no sean los prusianos, tendrán á toda hora abierto el camino de París.

No se cierra sólo con bayonetas el paso á los enemigos de la patria...

La fe, que anima á los héroes; la virtud, que vigoriza á los pueblos, y la constancia, que desafía los reveses, son armas infinitamente más poderosas que los cañones.

España puede hablar un poco de esto; y Francia, que nos conoció en 1808, no debe haberlo olvidado.

Nada nuevo ocurre en nuestro país que merezca particular mención en esta crónica, que hoy pued llamarse de desdichas.

Estamos en tiempo de la caza, diversion que comprendo, pero de la cual no soy partidario, y con tal motivo, y para terminar estas líneas de una manera menos sombría que su principio y su medio, voy á referiros una anécdota curiosa.

Cierto distinguido dibujante, á quien llamaremos F..., es un cazador desventurado.

Suele consolarsé de venir á casa con las manos vacías, exclamando estóicamente:

—¡Qué quereis! Tengo mala suerte.

Un día, fastidiado de ver que se le burlaban constantemente los amigos por su mala suerte, quiso darles en ojos con una pieza, y al efecto, se fué al mercado y compró una hermosa liebre viva.

Era, sin embargo, indispensable que el animal llevase las señales de haber muerto violentamente y en campo raso; y hé aquí que á F... se le ocurre salir otra vez fuera de puertas, buscar una arboleda y atar con una cuerda á un árbol á la inocente víctima de su amor propio de cazador.

Hechos estos preparativos, F... apuntó detenidamente sobre la liebre... disparó, y... en efecto, los perdigones rompieron la cuerda, y la liebre echó á correr como alma que lleva el diablo.

El pobre F... no ha vuelto á pensar en la caza.

VALENTIN GOMEZ.

LOS APOSTÓLICOS

V

Siguió prósperamente su rumbo la nave, y entrando ésta por la barra del río Ulla, llegó hasta el sitio donde se levantan las torres de Do-Este, y de

jando las corrientes del río, penetró en las aguas del Sar, hasta que encalló dichosamente en donde hoy se eleva la iglesia de Santiago: en Iria Flavia. Sacaron los siete discípulos al instante el glorioso cuerpo del Apóstol, y lo colocaron en una piedra, que estaba á la orilla, la que de repente se ablandó, formando una concavidad donde el cuerpo quedó sepultado. (1)

Los discípulos ataron la nave milagrosa en uno de los postes del puerto, y como quiera que éstos se llamaban padrones, cambió el nombre de Iria Flavia por el del Padron, que es el que hoy conserva. (2)

Luego que los discípulos desembarcaron el glorioso cuerpo de Santiago, acudieron á venerarle Atanasio y Teodoro, pues ya sabemos que habian quedado en Galicia para ejercer su alta mision apostólica. Era señora de la ciudad de Iria una noble viuda, llamada Lupa, que vivía en opulento alcázar, descrito pintorescamente por Castella Ferrer; llamábase, y aún se llama, el castillo de *Castro Lupario*. Habiéndose presentado en él los nueve discípulos, y conducidos delante de la altiva matrona, le dijeron:

—Nuestro Señor Jesucristo te envía el cuerpo de su Apóstol, para que recibas muerto al que no quisiste recibir vivo.

La contestacion de la dama gentil fué severa é insolente.

—Id,—les contesta,—al Gobernador de esta tierra que habita en Duyo, y pedidle lugar y sitio para enterrar vuestro muerto.

Vivía el Gobernador cerca del cabo de Finisterre, y era, segun las más acertadas conjeturas, hermano de Lupa. Llamábase Philotro, valiéndose de la opinion de San Sofronio, y tenía fama de cruel. San Torcuato y sus compañeros, agenos del lazo que se les tendía, se dirigieron hácia la ciudad de Duyo, pasando el Tambre por un puente cuyo sitio se llama *Ons*. No bien llegaron á ella, cuando se presentaron á Philotro, manifestando su embajada; pero éste ordenó al punto que los prendiesen y cargasen de cadenas y esposas.

VI

Sepultados los Varones Apostólicos en un profundo calabozo, acaso esperaban el martirio, cuando á la media noche se les apareció un Angel envuelto en divinos resplandores, rompió sus hierros y les marcó la senda que debían seguir.

Sabiendo al día siguiente Philotro la fuga de los discípulos de Santiago, ordenó á sus soldados que los persiguiesen, y habiendo sido alcanzados al tiempo de pasar el puente de *Ons*, éste se hundió, arrastrando en su ruina á la tropa, que estaba próxima á prenderlos de nuevo. Este milagro llenó de admiracion á Philotro, y se hizo cristiano. Lupa, que más tarde oyó referir el suceso por los mismos Apostólicos, trató de engañarlos otra vez.

—Id á aquel monte,—les dijo,—y hallareis en muchos bueyes mansos. Tomad de ellos los que hubiéreis menester, y uncidos á un carro, en que pondreis el cuerpo de vuestro Maestro, le llevareis á enterrar donde quisiéreis (3).

Habia en el monte un dragon, y los toros eran bravísimos; pero llegaron los Santos á la cumbre,

(1) Esta piedra, dicen algunos, es la que se veneraba con el nombre de *Padron*; pero es incierta esta hipótesis. De cualquier modo, la piedad de los peregrinos hizo que fueran fraccionándola, para guardar sus pedazos como reliquias, hasta que los habitantes de la villa, para cortar este abuso, cometieron, en nuestro sentir, otro mayor, que fué el de arrojársela á la corriente del Sar, donde Mauro Castela asegura haberla visto.

(2) El poste donde dicha nave fué atada, existe como una preciosa reliquia en la iglesia de Santiago de la villa del Padron. También trajeron los siete discípulos un ara de hermoso mármol; y es tradicion que la consagraron los Apóstoles en Jerusalem. Esta ara se pasó desde la Catedral de Santiago al Monasterio de San Pelayo, hasta que Ambrosio de Morales persuadió al Arzobispo D. Juan Clemente que borrara la inscripcion que la cubria.

Además de esto, los discípulos trajeron una columna que hubo de estar más tarde en dicho Monasterio, en la que hay escrito lo siguiente en caracteres góticos:

*Cum Sancto Jacobo Fuit hæc Adlata Columna,
Ara Scripta Simul Quæ Super est posita
Cuius Discipuli Sacramentum Credimus Ambas.
Ac ex Iis Aram Constituere Suam.*

Lo que quiere decir en castellano: «Esta columna fué traída con Santiago, y juntamente el ara escrita que está sobre el altar; creemos que sus discípulos consagraron entrambas, y que de ellas edificaron su ara.»

Créese que estos versos sean obra del Abad Faguido, que fué el primero de los de San Payo, muerto en 1084.

(3) El monte donde los enviaba, hoy se llama *Pico Sacro*, que se eleva á las orillas del río Ulla.

y á la señal de la Cruz el dragon pereció y los toros se inclinaron ante ellos (1).

Este nuevo prodigio fué bastante para que Lupa se convirtiese. San Torcuato y sus compañeros condujeron á los toros á Iria (2), y uncidos á un carro, donde colocaron el cuerpo de Santiago, los dejaron ir sin guia. Estos, encaminándose al Oriente, llegaron al sitio donde hoy se eleva la Iglesia Compostelana (3). Elevábase en aquel paraje un templo pagano. Los nueve discípulos derribaron el ídolo, y edificando un sepulcro colocaron en él al incorrupto cuerpo de Santiago (4).

Tales son los primeros sucesos de la vida de San Torcuato, encadenados naturalmente con los de su Maestro y los de sus compañeros. Ya lo hemos visto ser uno de los más esforzados adalides de la fé, siguiendo todos los pasos del Apóstol, siendo testigo de las maravillas de Zaragoza, marchando al Oriente para presenciar el martirio de Santiago, y regresar á España para predicar en ella el Evangelio, trayéndonos el glorioso cadáver, cuyo nombre despues habia de mezclarse á los hechos más altos é insignes de nuestra historia. Si hasta aquí hemos puesto el nombre de Torcuato al frente de los de los otros Varones Apostólicos, no ha sido efecto de nuestro amor y entusiasmo, sino el de seguir el luminoso parecer de respetables escritores. Razonemos hemos dado anteriormente para ello. Prescindiendo de las mismas, baste decir que el doctor Valdes le llama *capitan* ó guia, y el más antiguo de los discípulos de Santiago, y el respetable Padre Yepes le denomina cabeza de los siete primeros Obispos de España (5).

Creemos haber dicho lo bastante sobre el primer periodo de la vida de San Torcuato, y de los demás Apostólicos.

VII

Corria el año 42 de la Era Cristiana. Calígula habia muerto asesinado, y Cláudio Tiberio, su sucesor, ocupaba el sôllo de los emperadores, cuando depositado en su sepulcro el cuerpo de Santiago, se pierde la huella de sus discípulos hasta el año 59.

Sin embargo, Galesino, escribiendo de San Atanasio y San Teodoro, afirma que no salieron de España, y que en muchas partes de Galicia propagaron el Evangelio. D. Alonso el Magno dice que, además de los siete Apostólicos, se dirigieron á tributar su homenaje de respeto y amor sobre la tumba del Apóstol otros célebres discípulos suyos, entre los que se encuentran á Calasero, Basilio, Pio, Chrisógono, Teodoro, Atanasio y Maximino (6).

Lupa hizo que los discípulos consagrasen sus palacios de Iria Flavia, muriendo de un modo cristiano y ejemplar. Se hizo enterrar junto á la sagrada capilla que encerraba los restos del Apóstol, y su cuerpo se guardaba en un sepulcro de piedra, *grande y bien labrado*, dice la crónica, junto á los de varios reyes que quisieron enterrarse en aquella Apostólica Iglesia.

Fuó Lupa de familia nobilísima. De ella descienden Lupo, el arquitecto de la Torre de Hércules, de la Coruña, y Lupa de Guadix ó Acci.

En el año 44 de Cristo, era célebre el sepulcro

(1) Ambrosio de Morales niega estas piadosas tradiciones; sin embargo, Huerta y Vega, en sus *Anales de Galicia*, se apoya en las ruinas del puente de *Ons*, en las del castillo de *Castro Lupario* y en el parecer de Calixto II.

(2) Aunque acorde D. Pedro Suarez en el fondo de este suceso, lo refiere de otro modo: pues luego que los toros se dejaron uncir y se encaminaron en busca del cuerpo del Apóstol, volvieron con tan preciosa carga hácia un espléndido palacio que Lupa poseía en Compostela, y que al ver ella tan raro prodigio, creyó cuanto la habian predicado, recibió el Bautismo, y les dió el referido palacio para que hiciesen en él una iglesia, que fué la segunda que hubo en España.

(3) Es tradicion que el carro paró en la rua de Franco, y que allí brotó una fuente. Hoy se conserva cubierta con algunas paredes, á manera de ermita. Las aguas de esta fuente fueron por mucho tiempo una medicina especial para toda clase de enfermedades. Véanse los *Anales de Galicia* y demás autores que hemos citado anteriormente, que tratan sobre el particular.

(4) Lo refiere Alfonso el Magno en su privilegio de la Consagracion de la Iglesia Compostelana. En conmemoracion á la traslacion del cuerpo de Santiago, la Iglesia ha instituido una festividad en 30 de Diciembre, que recuerda los hechos milagrosos que acabamos de referir, sin perjuicio de solemnizar al Santo, como lo solemniza, el 25 de Julio, que es la fecha en que arribó su cuerpo á España.

(5) San Torcuato, discípulo regalado de los Apóstoles y Apóstol de la misma España, doctrinado por Santiago y cabeza de la mision á que vinieron los siete Obispos, primeros predicadores de España, despues de Santiago... Solamente diré una palabra de San Torcuato, cabeza de estos Apóstoles españoles. (Crónica de San Benito. Tomo 5, capítulo 5.º)

(6) Esta opinion se encuentra en la historia de Samperio, interpolada por el Obispo Pelayo.

de Santiago. Por este tiempo dicen algunos historiadores que vino San Pedro á predicar á España. (1)

Todo es oscuridad en este periodo. Bien viniese San Pedro ó no, podemos admitir como cosa cierta que los siete Apóstoles se consagraron de Obispos en esta época.

Desde el entierro de Santiago, hasta la muerte de Claudio Tiberio, que espira envenenado por su mujer, hay un velo que oculta los hechos de los Apóstólicos.

Neron revocó los decretos de su padre, y permitió que los judíos volviesen á vecindarse en Roma. En el año 58 ya estaban en esta ciudad San Pedro y San Pablo. Extendida por el Occidente la noticia de los milagros de estos dos Apóstoles, partieron *Torcuato, Segundo, Indalecio, Cecilio, Isicio, Eufrasio y Tesifon* á la capital del mundo, el año 59, tanto para ordenarse de Obispos, cuanto para recibir supremas instrucciones del Vicario de Jesucristo.

Incansables en este deber, y enardecidos por el espíritu divino que llenaba sus corazones, llegan y tributan á San Pedro la obediencia religiosa en nombre de España. Los dos Apóstoles los reciben con sin igual regocijo, como los mensajeros de la Fé, que hacen por ella el sacrificio de sus existencias. Despues de informarles del progreso de su mision y del estado de la naciente Iglesia española, flor apénas de sarrollada por la predicacion de Santiago, suplicaron á San Pablo que cumpliera lo que en sus cartas tenía ofrecido de visitar la Península Ibérica, y concluyeron por pedir á uno y á otro Apóstol que los ordenasen de Obispos, para desempeñar más dignamente sus deberes evangélicos (2).

Lo cierto es que en el año 60 de Cristo se embarcaron para España, ya ordenados de Obispos, *San Torcuato* y sus compañeros, dispuestos á edificar numerosos templos y á sellarlos con su sangre, segun la elocuente frase de Gregorio VII, en su carta dirigida á Alfonso VI.

TORCUATO TÁRRAGO.

EL DIABLO BABIL

LEYENDA

I

El pobre habia llevado una silba horrorosa en el infierno. Era un diablillo presuntuoso y tonto que se jactó, en su edad más tierna, de llevar él solo tantas almas al negro abismo como el viejo Satanás.

De cuyas resultas, el viejo Satanás, rey de toda la vil canalla cornúpeta y rabilarga que bulle en el abrasado centro de la tierra, mandó á Babil que subiese al mundo á hacer sus primeras armas contra el linaje humano.

Mordiéndose las uñas de gusto, y rechinando los dientes de placer, como los micos, disfrazóse el buen Babil de procurador, y esperó el primer negocio que se le presentara para hacer el suyo.

Hubo trascurrido poco tiempo cuando una de sus clientes le trajo un pleito que necesitaba ganar á toda costa. La cliente era guapa, mujer de un marido viejo, y habia puesto todas sus esperanzas en el pleito. ¡Qué ocasion! Babil se frotó las ma-

(1) Lo niegan el Cardenal Baronio y Ferrer, siguiendo el parecer y opinion de Metaphraste.

(2) Hay diferencia entre los historiadores de que San Pedro fué el único que los ordenó, entre los que se cuentan á Baronio, Padilla, Mariana y Alderete, fundándose en que en el año 44, que ellos señalan, no estaba San Pablo en Roma. Tienen en su favor la autoridad de las lecciones del Apóstol Santiago, en las que se dice que, habiendo él venido á España, convirtió á algunos, siete de los cuales, ordenados de Obispos despues por el Apóstol San Pedro, en Roma, fueron enviados á España. Pero que fueron ordenados por San Pedro y San Pablo, lo refiere el Oficio Muzárabe, el Martirologio Romano, Osvaldo Beda, Calixto II, Abdon Viennense, Gregorio VII, los Breviarios de Córdoba, Granada, Evora, y los demás de España, con la opinion de otros muchos.

Guillermo Catel y Luis Pons de Icart, dicen que los discípulos se mantuvieron en Roma hasta que vino á España el Apóstol San Pablo, quien, pasando por Narbona, los mandó predicar á Galicia, para lo cual traen una Epistola del Papa Estéfano, escrita á Trodoyno, Obispo de Barcelona, en que se refiere esta noticia; pero es completamente inexacta. Ni aun en la misma Epistola se encuentra probada esta opinion. Padilla dice es de Estéfano I, escrita en 660, y Corpelo, en el Episcopologio de Barcelona, opina es del Papa Estéfano V, escrita en 885. Pero cuando la Iglesia de Narbona quiso adquirir el título de Primada, presentó esta Epistola, en la que se demostraba e-te concepto; pero Urbano II la proclamó por apócrifa, segun la opinion de Balucio.

nos, y dijo para su capote: O soy un simple de remate, ó esta mujer se viene conmigo á los infiernos á paso redoblado.

Pero sucedió que Babil llegó á enamorarse perdidamente de su parroquiana, y ciego por ella, ofrecióle librarla de aquel marido viejo y celoso que la importunaba, despues de ganar el pleito con el acompañamiento de todas las costas.

Dejóse querer la parroquiana, que debía ser una lagarta de tomo y lomo, y el buen Babil le dió el pleito ganado, y además la dejó sin marido á los cuatro días, mediante una dosis de arsénico que pudo administrarle en un vaso de refresco.

Pero ¿qué hizo entonces la parroquiana? Dar parte á la justicia de las fechorías de Babil, y la justicia, sin andarse en contemplaciones, lo ahorcó bonitamente, como si hubiera sido un simple mortal. Y Babil, al bajar á los infiernos con las manos vacías, recibió la silba más espantosa que se ha oído en el reino de los condenados.

No contento con esta prueba, Babil pidió permiso para volver al mundo á correr nuevas aventuras. Vistióse de caballero galán, y bien pronto hizo conocimiento con un jóven calavera y disoluto, que no pensaba más que en jugar. Juega que juega, mi hombre llegó á perder hasta las zapatillas, y tan desesperado se vió despues de tantas pérdidas, que dijo á Babil al salir de la casa de juego:

—Daria mi alma al diablo por tener todo el dinero que necesito.

—Te cojo la palabra, compañero,—dijo Babil;—aquí tienes al diablo más decente que ha salido de los infiernos. Con que si estás en lo que has dicho, firma este contrato, y serás todo lo rico que te dé la gana.

—Venga el contrato,—replicó D. Luis Mendoza, que así se llamaba el jóven calavera.

Y como si hiciera la cosa más natural del mundo, D. Luis plantó su nombre y su rúbrica en el papelote que le presentaba Babil.

—¿Cuándo termina el plazo?—se limitó á preguntar el mozalvete.

—Dentro de seis años justos, en tal día como hoy, á las doce de la noche.

—Pues hasta la vista, que me voy á dormir,—dijo D. Luis.

—Hasta mañana, compañero,—contestó Babil todo alborozado por el negocio que acababa de hacer.

Y despues de darle un buen apretón de manos, volvió las espaldas, diciendo para el embozo de su capotillo:

—No, lo que es éste no me la pega como aquella parroquiana de cuando yo fui procurador. Este es mio desde la coronilla hasta las plantas de los pies.

II

D. Luis Mendoza vivía en una quinta muy hermosa, fuera de la ciudad, y como el tal caballete era huérfano de padre y madre, y no tenía rastro

de parientes por ninguna parte, encomendó el cuidado de su hacienda á un viejo mayordomo de su casa, al cual mayordomo habia dado Dios una hija rubia como las candelas, buena como un pedazo de pan y lista como el hambre.

Llamábase la muchacha Mencia, y si hemos de decir toda la verdad del caso, estaba perdidamente enamorada de su jóven señorito, aunque jamás lo habia manifestado ni á la basquiña que llevaba puesta.

Una tarde, casi al oscurecer, estaba la buena Mencia ocupada en dar vueltas por el jardín, retirando tiestos de flores delicadas para librarlas del relente, cerrando el brocal del pozo y haciendo otras faenas semejantes, cuando se presentó de im-

—Sí, hija, el viaje último, y yo me encargo de ser su cochero.

—No os comprendo... Si tuviérais la bondad de explicarme...

—Con mil amores. Has de saber que yo soy el diablo Babil.

—¡Ave María!—exclamó la jóven, refugiándose junto á la pared, donde habia un nicho con una imagen de la Virgen.

Babil se estremeció todo, y dijo á Mencia.

—Como pronuncies esa palabra y te acojas á ese nicho, no sabrás nada, porque me será imposible continuar.

Mencia, movida de la curiosidad, abandonó el refugio lentamente y fué acercándose á su endiablado interlocutor.

El cual siguió de esta manera:

—Pues, como decia, soy el diablo Babil, ó lo que es lo mismo, un pobre diablo á quien tu amo D. Luis Mendoza vendió el alma seis años há á cuenta de unos doblones que le hacian falta. D. Luis me firmó un contrato, en cuya virtud vengo hoy á exigirle el cumplimiento de su palabra; porque hoy mismo, á las doce de la noche, termina el plazo convenido, y como no tengo nada que hacer, he venido á matar el tiempo mientras llega la hora de nuestro viaje.

Mencia, no sabiendo qué replicar á semejante relato, rompió en llanto copiosísimo, que estuvo á punto de enternecer al mismo Babil, tan diablo y todo como era.

—Vamos, hija, no hay que afligirse por tan poca cosa. Esas lágrimas me ofenden. ¡Cualquiera diría que D. Luis iba acompañado de un pelafustan de mala muerte! Yo te prometo tratarle con todas las consideraciones debidas á su cuna, y usar de todo mi influjo para que le atiendan mis compañeros en cuanto se le ocurra.

Mencia continuaba llorando.

—Pero mujer, ¿qué más quieres de mí? Y sobre todo, ¿por los cuernos de mi abuelo Satanás! ¿á tí que te importa de ese señorito?

—¿Es tu padre? ¿es tu hermano? ¿es tu novio?

—No, señor.

—Pues ¿á qué vienen esos gimoteos de beata compungida?

—Es que le amo con todo mi corazón, Sr. Babil; y yo daria (Dios me perdone) mi alma por la suya. Babil abrió los ojos desmesuradamente, brillando en ellos tres docenas de rayos de alegría.

—¿Qué has dicho, hija de mis entrañas, que darías tu alma por la suya?

—Ni más ni menos.

Babil pensó en un momento que la adquisición del alma de aquella muchacha tan buena era uno de los triunfos más grandes de que podia jactarse en el infierno; fuera de que el alma de D. Luis; dada la vida que llevaba, á todas horas la tenía segura.

Hecho este cálculo con la rapidez del relámpago, Babil dijo á Mencia.



LA VISION DE EZEQUIEL

provisó nuestro Babil, hecho un titiritero de puro alegre.

—Hola, buena moza,—dijo el diablo, queriendo abrazar á Mencia.

—¡Eh! Señor galán, echaos para allá, que pincho como los erizos,—contestó Mencia, volviendo la mano del revés en disposición de santiguar al diablito.

—No es para tanto, prenda, que yo no vengo á molestar á nadie, y sobre todo, á los amigos.

—¡Calle! Es, en efecto, el compañero de mi señorito: el Sr. Babil. Perdonad, que no os habia conocido. ¿Qué buscáis por aquí á estas horas?

—¿Buscar? Nada. He encontrado todo lo que necesito. Vengo á hacer tiempo hasta que llegue la hora de que D. Luis y yo nos marchemos muy lejos para no volver jamás.

Mencia se puso pálida.

—¿Qué decis? ¿D. Luis va á hacer un viaje tan largo...



—Pues has de saber que el cambio me conviene, y si tú quieres que ahora mismo extendamos el acta de cesion...

Mencia, toda temblorosa, vaciló unos minutos

antes de contestar á Babil; pero, como quien no sabe lo que se dice, exclamó de pronto:

—Extended mi acta, y dadme el contrato de D. Luis.

Babil se apresuró á redactar el documento, y en seguida se lo presentó á la firma de la infeliz Mencia.

Pero ésta no quiso firmarlo sin leerlo, y vió que Babil podía disponer de ella al momento, aún an-



VISTA DE MEKETO (ÁFRICA CENTRAL)

tes de cumplirse el plazo otorgado á D. Luis.

—Esto es una mala partida, Sr. Babil,—observó Mencia;—no me dais tiempo para dar un abrazo á mi padre, ni siquiera para ponerme un guardapié.

—¿Y qué? Gano una hora sobre el plazo de don Luis; pero es por abono de mis honorarios como escribano.

—No seais miserable, Sr. Babil. Dadme un poco de tiempo para arreglar mis cosas... ó no firmo el contrato.

—¡Cáscaras! Es que yo tengo mucha prisa...

—Media hora cuando menos...

—Es mucho...

—Entonces... mirad. Voy á encender este cabo

de vela, y lo que tarde en consumirse es el tiempo de que puedo disponer.

—Bueno, mujer; firma, y añade esa condicion donde te parezca.

—Venga ahora el contrato de D. Luis.

—Allá va.

—Estamos en paz, y D. Luis es dueño de su persona.

III

Hallábanse en este punto de la conversacion, cuando D. Luis, mal encarado y cejijunto, apareció en el umbral de la puerta.

—Babil,—gritó con voz de trueno,—¿estás haciendo alguna bribonada con esa pobre niña?

—¿A tí qué te importa, compañero?

—¡Granuja! ¿Cómo que no me importa? Tú no tienes que ver con nadie más que conmigo. Estoy desesperado de la vida, y quiero que apresuremos el viaje. Con que, prepárate á marchar.

—Estás equivocado. Precisamente es contigo con quien por ahora no tengo nada que ver. Acabo de negociar tu pagaré, amigo mio; mejor dicho, acabo de trasferir tu crédito á esta bella señorita, que paga por tí.

—¡Mencial! ¿qué locura es esa? ¿Tú te ofreces en mi lugar? ¿Tú, un ángel de Dios, vas á condenarte por mí?

—Sí, señor D. Luis,—dijo Mencial;—ahora que ya no importa que lo sepais, os lo confesaré todo. Os amo locamente desde mis primeros años, y como no puedo aspirar á vuestra mano, he rescatado vuestra alma á costa de la mia. Dios me perdone la atrocidad; pero ya no tiene remedio. Apenas se extinga esta vela, Babil cargará conmigo para siempre.

—¿Sí? ¿Esa es la condicion? Pues no se extinguirá la vela.

Y esto diciendo, D. Luis sopló, y la vela quedó apagada.

—¡Valiente remedio!—dijo Babil sacando una candela del bolsillo;—la volveré á encender, y arderá hasta que se acabe.

Pero antes de que Babil la encendiera, Mencial, por una súbita inspiracion de su buen ángel de la guarda, cogió la vela, y colocándola en el nicho de la Virgen, dijo á Babil:

—Anda; enciéndela ahí, si te atreves, mala pécora.

Babil quiso dar un paso; pero sus piés no le obedieron.

Tiró la candela con rabia, y mordiéndose los puños con infernal desesperacion.

—Es la segunda vez,—rugió,—que una mujer se ha burlado de mí.

En aquel momento se oyó en los aires una estrepitosa carcajada de todos los diablos, y á poco unos horribles silbidos que salian de los profundos infiernos.

—Oid,—exclamó Babil medio llorando;—esa es la serenata que me espera. Mientras vosotros os casais, yo llevaré una cencerrada mayúscula, como viudo que contrae segundas nupcias.

Y desapareció en el fondo de la tierra, entre la infernal algarabía de sus compañeros de sótano.

EL CONDE DE P...

SILVIO ANTONIANO

(ANÉCDOTA DEL TIEMPO DE PALESTRINA.)

Sucede algunas veces que los mayores acontecimientos tienen por origen las más ligeras causas, ó por lo ménos que éstas influyen en ellos de una manera notable. Adriano Richer, teniendo esto presente, ha escrito un libro titulado *Essai sur les grands événements par les petites causes*, compendio de historias más ó ménos divertidas, que justifican la idea que el título de este libro produce en el espíritu.

En él se encuentra «cómo una orden mandando afeitarse causó grandes turbaciones en Francia durante muchos años;» cómo «la pronunciacion de una letra del alfabeto produjo ardientes disputas en la Universidad de París,» y otras sumamente curiosas; pero no ha insertado, sin duda porque no llegó á su noticia, una que podría llevar por título:

Un ramo de flores ofrecido á un Cardenal por un niño de once años, es causa de que se conserve la música eclesiástica en los templos.

Dicho esto, referiremos el hecho á los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA, segun nos le trasmite el docto, venerable y veraz José Bainsi, que extensamente lo expone en sus *Memorias históricas y críticas sobre la vida y obras de Palestrina*.

Existía en Roma un niño de once años, músico,

co, un prodigio en miniatura, como hoy se diría, habilísimo cantor, *finissimo cantore*, sobresaliente tocador del laud, y á más de todas estas cualidades, maravilloso improvisador. Llamábase Silvio Antoniano, y á causa de su múltiple talento conócíasele con el nombre de *Orfeo di Roma*.

Por aquel entonces, los artistas no viajaban como hoy desde Madrid á París, de Londres á Viena y á San Petersburgo, de New-York á Calcuta, buscando fortuna, sino que ésta les iba á buscar: hé aquí cómo se portó con el *giovinetto Silvuccio*.

Por el año de 1551, los Cardenales que componían el Sacro Colegio, bajo el Pontificado de Julio III, hallábanse reunidos en casa del Cardenal Francisco Pisani, vástago de una noble familia de senadores venecianos. Este acostumbraba festejar magníficamente el aniversario de su nacimiento reuniendo á sus compañeros en suntuoso banquete. Hallábase entre éstos el Cardenal Othon Truchses, protector del arte y de los artistas, á quien el anfitrión Pisani había muchas veces encomiado las extraordinarias facultades de Silvio Antoniano. No acabado aún el convite, vióse entrar á un jóven de figura encantadora, que despues de saludar sin gatzmoñería á todos los Cardenales, fué invitado á dar muestras de su talento como cantor, instrumentista y poeta, lo que hizo con una mezcla de seguridad y de modestia, que desde luego predispuso en su favor á su ilustre auditorio. Tocada la primera pieza, Silvio fué colmado de caricias por todos los Cardenales, caricias que se redoblaron á medida que ejecutaba trozos en el laud, ó improvisaba versos.

Mientras que los asistentes agasajaban á porfía al *Orfeo*, el Cardenal Renato Farnesio se entretenía, ante un precioso velador lleno de flores, en componer un ramo, que entregó al niño diciéndole que lo presentase á aquel que un día había de ocupar el sόlio Pontificio. El niño reflexionó un momento, paseó por los asistentes su escudriñadora mirada, y lentamente se dirigió hácia el Cardenal Juan Angelo de Médicis ofreciéndole el ramito, y despues, pulsando el laud, que del cuello le pendía, se puso á cantar las alabanzas del Eminentísimo.

El paso era un tanto audaz, y el Cardenal de Médicis quedó sorprendido y hasta se amostazó, tomándolo por una broma inoportuna é impertinente. Merced á la intervencion de algunos Cardenales, y especialmente al aspecto de candor del niño, dispóse esta nubecilla, hasta el punto que, á instancia de todos sus colegas, el Cardenal Médicis tuvo á bien indicar á Silvio un nuevo asunto para que luciese su talento de improvisador. En aquel momento sonaba un reloj. «Pues bien, le dijo el Cardenal Médicis, ya que eres poeta, improvisa sobre este reloj.» El niño improvisó admirablemente; y ¿quién sabe si usando de los privilegios de la poesía, no halló medio de aludir á su anterior prediccion diciendo que el movimiento de aquel reloj traería una hora... una hora afortunada entre todas, que en todo el mundo resonaría? Sea como fuere, Silvio desempeñó tan bien lo que se le pedía; con tanta gracia y delicadeza se condujo, que el Cardenal Cristóbal Madrucci, quitándose una cadena de oro que llevaba al cuello, la colocó en el del *giovinetto*.

¿Y despues? A sus títulos incontestables de poeta, cantor é instrumentista, pudo añadir Silvio Antoniano el de adivino. Muere Julio III en 1555, y en el mismo año su sucesor Marcelo II, á quien sucede Paulo IV en 1559; es decir, que al cabo de ocho años se halló realizada la prediccion de Silvio Antoniano, siendo elegido Papa el Cardenal de Médicis, que tomó el nombre de Pio IV. El nuevo Papa, acordándose del famoso festin dado por el Cardenal Pesani, mandó buscar por todas partes á Silvio, le dió habitacion y mesa en el Vaticano, y le envió poco despues, con el carácter de secretario *ab epistolis latinis*, cerca del Cardenal Carlos Borromeo. Antoniano obtuvo más tarde del mismo Pio IV el cargo de Secretario del Consistorio, y de Sisto V el de Secretario de la Congregacion de Obispos y Regulares; por fin, Clemente VIII, despues de confiarle el cargo de *maestro di camera*, y de su secretario *ab epistolis latinis*, le creó, en la cuarta promocion del 13 de Marzo de 1598, Cardenal con el título de Salvador *in Lauro*.

Téngase presente que este mismo Papa Pio IV era muy apasionado por la música; por lo ménos,

el grave Bainsi nos lo presenta como muy inclinado hácia este arte: *mostravasi sommamente parziale per la musica é la gradiya*. No olvidemos que Pio IV fué el protector declarado de Palestrina, y que indudablemente influyó mucho en que se adoptasen las tres misas palestrinianas que decidieron la conservacion de la música en la Iglesia.

Ahora bien; ¿quién se atreverá á negar que el talento de instrumentista, cantor y músico de Silvio Antoniano, no ha tenido mucha parte en esta parcialidad de Pio IV por la música?

V. SUAREZ CAPALLEJA.

LA CIENCIA Y LA FÉ

AL RESPETABLE PIESBÍTERO D. JOSÉ DIAZ CALVO

Seguidme, los escépticos
A la moral agenos;
Seguidme, los incrédulos
De indiferencia llenos,
Que miran como réprobo
A todo el que en Dios cree:
Seguidme al Tabernáculo;
Venid conmigo al templo
Y en apiñado círculo
El pueblo os dará ejemplo
Con sus devotas prácticas,
Con su sublime fé.

Venid, almas decrepitas,
Abrid vuestra conciencia;
Dejad la escória mísera
De vuestra falsa ciencia,
Que empaña con sus hálitos
La luz de la verdad;
Venid, y en lazos íntimos
De Dios en el sagrado
Vereis gozoso al mísero
De la opulencia al lado:
¡Ejemplo eficacísimo
De amor y caridad!

Venid, que amor sin límites
Os brinda allí el cristiano,
Que allí tan sólo míranse
Del hombre el hombre hermano,
Mezclando en dulces vínculos
Virtudes, honra y prez;
En tanto que bendíceis
Con ánimo inflexible
Aquel varon magnánimo,
Anciano venerable
Que ostenta el triple título,
Doctor, Pastor y Juez.

Allí, con voz dulcísima
De Dios el sacerdote
Combate vuestras máximas
De la moral azote,
Que espíritu satánico
Sin duda concibió;
Y en nuestro débil ánimo
Difunde el dulce encanto,
Que cual olor balsámico
Inspira el dogma santo
Del Mártir que en el Gólgota
Su sangre derramó.

Y en vez del cuadro tétrico
Que tras el mármol frío
Miraís con ojos lúgubres
Sin ver más que el vacío,
Merced al juicio cínico
De vuestra ciencia vil,
Que cree la vida un término
Que parte de la cuna,
Moviéndose á los ímpetus
De báquica fortuna
Que vuelve al polvo exánime
Cual mísero reptil;

Enseña al alma mística
A ver serena y fuerte
El tenebroso y pálido
Espectro de la muerte,
Que es en el justo el tránsito
Del mundo hácia el eden;

Que no hay acción maléfica
Que no halle su consuelo;
Que tras el mundo mísero
Así lo ofrece el cielo
Al ser que en dones pródigo
Difunde sólo el bien.

¡Ah! ¿quién habrá que oyéndole
Su fé no se acrecienta,
Si al escucharle, inflámase
La sangre del creyente,
Y el fuego de los mártires
Inunda el corazón?
Venid, torpes fanáticos
Modelos de arrogancia,
Y con sereno espíritu
Mirad vuestra ignorancia,
Que es vuestra ciencia efímera
Sin fé, ni religión.

RAFAEL RICO.

Los Santos 16 de Julio de 1878.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

La tempestad, de Crevillon, y el monólogo de Myrtridates, le estaban haciendo reventar. En su impaciencia le agarró un botón al señor de la Guerche, hidalgo de pocas letras, y le dijo en tono suplicante:

«Un ruido asaz extraño llegó hasta mis oídos; Señor...»

—¡No he sido yo!—replicó la Guerche muy encendido de vergüenza y no poco amoscado;—¡habrá sido Pervern... Pervern, que no sabe hacer otros ruidos más que esos!

Pervern no era nada tímido; mas, con todo, se ruborizó también; y Badabreux, mal comprendido, apretó su peluca contra la frente. Aquel descalabro era superior á sus fuerzas.

—Mi desdicha, por fin, sobrepasa mis esperanzas,—murmuró, dirigiendo al cielo la mirada sarcástica de Orestes;—¡gracias, gracias... estoy satisfecho!

Todo el mundo se dirigía hacia el patio contiguo á la escalinata, más abajo del cual estaba dispuesto el salón del baile. María iba del brazo con Alberto de Goetlogon, y en verdad que no sabemos ya si Blanca tendría razón al decir que Alberto no venía á su casa por María.

Bien pronto se llenó el salón de parejas, rebotando juventud, alegría y felicidad. La delicada mano de Blanca tocó el brazo de Lacuzan, que estaba solo y meditabundo.

—Muchas gracias,—le dijo.

Lacuzan volvió hacia ella los ojos. Estaba triste.

—Eres muy bueno,—continuó Blanca;—tú serás feliz.

Y añadió en seguida:

—¿Ha aceptado Malbrouk?

—Sí,—la contestó Lacuzan;—ya no volverá el muchacho á bailar en la maroma.

Blanca se puso á saltar como una loca; tal era su alegría.

—¡Oh, Lacuzan, Lacuzan mío!—exclamaba;—¿Si supieras cuánto te quiero?

La niña se echaba estas cuentas:

—El pobre Pichenet va á ser feliz entre sus libros viejos, y su madre ya no volverá á llorar.

En aquel momento se levantó una gritería de veinte voces juntas.

—¡Venid, venid!—clamaban;—¡vamos á ver á los volatineros!

Blanca sintió como una opresión enorme en el pecho. Corrió hacia la ventana, y lanzó un grito, tornando á Lacuzan sus ojos desolados.

Acababa de ver á Pichenet con el contrapeso en la mano, dando saltos de vara y media sobre la maroma.

VIII

Triunfo de Pichenet

La colina arenosa que separaba el casucho de Malbrouk del jardín del palacio de Noyal, y que se llamaba el cerro de Santa Melania, había cambiado enteramente de aspecto desde hacía algunas horas. Fuera del palacio era fiesta también igual que adentro, porque aquel año el 3 de Junio, día de Santa Clotilde, caía en domingo. El honrado pueblo de Rennes se divertía también por su parte.

Malbrouk había hecho escribir en una docena de cuartillas de papel estas sencillas palabras:

«El domingo, en el cerro de Santa Melania, detrás del palacio de Noyal, bailará Malbrouk en la maroma, y también Pichenet.»

A la mitad del siglo XVIII todavía no se había abusado de la publicidad. Los papelitos de Malbrouk, pegados en las puertas de las cinco iglesias y en algunas esquinas, hicieron prodigios. Malbrouk no dejaba de tener reputación. Cuanto á Pichenet, excitaba todo el interés de un artista que hace su estreno. Así es, que después de la misa mayor, la oleada popular que de ordinario solía dirigirse hacia los figones del Arsenal, ó hacia la parte de la Prevalencia, célebre por su manteca, se encaminaba hoy hacia la alta Rennes.

En París, tan pronto como llega un día de fiesta, el pueblo corre, los muchachos gritan, los niños lloran, las repoliscas dan rienda suelta á sus sonrisas maliciosas y burlonas; los padres de familia, portadores del preventivo paraguas, enseñan sobre la acera á los pobres aldeanos franceses cómo se fuma en la nacional pipa; y las madres salen muy almidonadas y huecas, orgullosas con el derecho que tienen de aplastar los callos de un pisotón á los señoritos que se pasean.

En Rennes, el pueblo no corre. Compuesto en su inmensa mayoría de labradores, va grave y sencillamente hablando de yeguas, vacas y manzanas. El paraguas no falta tampoco; pero es de algodón, y le llevan las amas de casa, que tienen el habla algo más basta, pero no tan horrible y chillona como las parisienses, y van en grupos interceptando la calle, hablando todas á un tiempo, y riendo todas igualmente, cubiertas con sus jubones de lana negruzca.

Por mi parte, debo confesarlo con franqueza; amo apasionadamente al pueblo. En provincias, como en París, experimento una secreta alegría al zambullirme entre una apiñada muchedumbre. Amo á esos padres con paraguas, á esas pipas de olor appestoso, y á esos niños llorones. Nada encuentro allí que no me cause dulces emociones; hasta la madre que lleva un brazado de niños con los labios relucientes de chupar cañas de azúcar, y me posa sus anchos pies sobre las puntas de los dedos.

Las iluminaciones, los fuegos artificiales, las ferias, las cucañas, las calles inundadas de gentes, el barro, el polvo, los apretones, los guisados de carne gorda, las tortas amasadas con miel, y la dulzaina desafinada... esto es evidentemente lo que constituye el lado hermoso de la vida: la cara más amable de la civilización.

La señorita Guillermina Barbedor, especiera de la tienda que tenía por divisa *La pelota grande*, encontró en el ático de la iglesia de San Salvador á Saturnino Mormichel, el que vendía tabaco en el estanco llamado de *La gran zanañoria*. La Barbedor no había sido nunca muy bonita; pero sus amigas confesaban que con el tiempo se había ido poniendo enteramente abominable.

En cuanto á Saturnino Mormichel, era éste un hombrecillo almidonado, con un trajecito muy estirado y también muy raído; versado sobremanera en las finuras y elegancias del lenguaje de los extranjeros. Podría tener unos treinta años. Y la señorita Barbedor no tendría mucho más de cuarenta y ocho. Tenían, pues, edad proporcionada el uno para el otro, como decía Blasita Trecoché, la más traviesilla de las cinco hermanas. También la talla era igualmente proporcionada, pues que la señorita Barbedor le llevaba á Mormichel la cabeza.

Hacia siete años que ella le pretendía en matrimonio.

El buen Vivé, portero del palacio de Noyal, murmurador como todos los funcionarios de su clase, solía dar sobre esto deliciosos pormenores.

Guillermina Barbedor y Saturnino Mormichel se saludaron muy finos á la puerta de la iglesia, y Mormichel la ofreció galantemente el brazo. Guillermina, después de los repulgos y cumplidos de ordenanza, le aceptó, no poco orgullosa de tener preso en las cadenas de sus hechizos á aquel joven tan bien peinado y tan bien acepillado.

—Esto es para mí siempre, señorita Guillermina, un honor y un placer...—comenzaba el joven Mormichel.

—Vea usted, Mormichel, vea usted,—le interrumpió Guillermina, viendo el pasquin de Malbrouk pegado sobre la puerta de su propia tienda;—vea usted si estos vagabundos no son más desvergonzados cada día. ¡Venir á pegar eso en la puerta de una casa honrada!

—El caso es que, en mi opinión...—volvió á comenzar el estanquerillo.

—¡No!—exclamaba indignada Guillermina;—esto es intolerable, Mormichel. ¿En qué están pensando los agentes municipales, y la capitán general, y el teniente de rey, y el señor gobernador de la provincia?

—El caso es...

—¡Esto no tiene nombre, Mormichel! ¿En qué tiempos vivimos?

Hablando de esta suerte, y hablando muy de prisa para poder hablar más, Guillermina seguía á la multitud, y subía hacia la parte alta de la ciudad. Llegados á la calle de San Jorge, que era entonces lo más hermoso de la capital bretona, la Barbedor y Mormichel saludaron á los señores Solimant, peluquero y peluquera.

—¡Qué fachas!—dijo Mormichel como compadecido.

—¡Pero que la sea permitido á una mujer el ser tan fea!—replicó Guillermina, mirando con dulzura á la señora de Solimant;—¡y ésta ha encontrado marido!

—¡Qué marido!—añadió Mormichel.

Los peluqueros Solimant iban á ver á Malbrouk, y llevaban de zaga á un peluquero de muy tierna edad. El estanquero, la especiera y los peluqueros se juntaron, porque es muy grato ir formando un numeroso grupo y atrancando por entero el paso en las calles estrechas.

Al fin de la calle de San Jorge, las cinco hermanas Trecoché, en todo el brillo y esplendor de sus trajes de domingo, vinieron á engrosar nuestra falange, compuesta asimismo de otras cinco personas, contando al infantil peluquero. Se abrazaron, lo primero. ¡Se querían tanto! Y luego la columna así reforzada, ya no reconoció límites á sus excesos en el hablar. Las reputaciones más seguras de la ciudad fueron tomadas por asalto y pasadas á cuchillo. Aquello fué una verdadera carnicería.

Guillermina paseaba de cuando en cuando la lengua por la parte exterior de sus labios, como las hienas que se han hartado de carne.

(Continuará.)

MOVIMIENTO RELIGIOSO

Hay en toda Alemania y en Austria varias Asociaciones de obreros católicos, que forman 550 Sociedades, subiendo el número de los miembros, sólo en Alemania, á 25.000, y los presidentes de casi todas esas Asociaciones se han reunido en Asamblea en Colonia. La triste condición de las clases trabajadoras en toda Alemania, ha sido objeto de madura deliberación; á la vez que los medios de extender la propaganda católica entre las mismas clases, como el medio mejor de moralizarlas é inspirarlas el amor al trabajo.

El ilustre Obispo de Munster recibió el día de su Santo más de 12.000 telegramas y cartas de felicitación de los católicos de su diócesis, que han querido demostrar así hasta qué punto la conducta heroica del Prelado, enfrente de las persecuciones de Bismark, ha aumentado el amor que le profesan.

El viejo catolicismo se acaba en todas partes; tres sacerdotes, de los pocos que ya iban quedando, se han casado, declarándose protestantes, y hoy ya todo el mundo comprende que ésta era la suprema aspiración de esos hipócritas cínicos que hablaban de reformar el Catolicismo.

En Trasburgo de Baden, los católicos han conseguido una gran victoria. Hace pocas semanas, en las elecciones para los cargos concejales los católicos han conseguido una gran mayoría; pero aún ha sido más importante la victoria lograda en la elección de magistrados para la ciudad, que se eligen por seis años, y entre los cuales cuentan hoy los católicos trece miembros contra siete, formados de protestantes y viejo-católicos.

Se cree que muy luego, á consecuencia de esto, la magnífica Catedral de aquella ciudad, quitada á los católicos hace dos años, volverá á su poder.

El día 1.º de Octubre saldrá el primer número de *La Rhenania*, nuevo periódico católico de Maguncia; pero como allí hay ya otro, se cree que *La Rhenania* pasará luego á Francfort.

El Congreso católico de Soissons empezó sus tareas el 17; y entre las dignidades de la Iglesia que asisten á él figuran el Arzobispo de Reims y los Obispos de Amiens, de Laval y de Hermópolis. A medida que los republicanos arrecian la persecución contra la Iglesia, los católicos quieren demostrar que están dispuestos á no dejarse arredrar por ningún género de peligros.

Con motivo de la Pastoral que Mons. Dupanloup ha dirigido á sus diocesanos acerca del *Dinero de San Pedro*, Su Santidad ha escrito al Obispo de Orleans una carta, de la cual tomamos los siguientes párrafos:

«El asunto de que os habeis ocupado, Venerable Hermano, era tanto más digno de vuestro celo y de todo el vigor de vuestra elocuencia, cuanto los enemigos de la Iglesia acumulan sin escrúpulo todos sus artificios para destruir esta obra de la piedad católica. Ven claramente que es la obra capital, sin la cual no tendría la Santa Sede ni libertad, ni dignidad, ni medios para ejercer su divino ministerio. Así es que, para destruir este último baluarte, han reunido sus ataques y sus comunes esfuerzos.

«Es, pues, muy satisfactorio que la voz del Episcopado resuene para defender esos grandes intereses, y nos alegramos, [Venerable Hermano, de que os hayais esforzado en hacer comprender bien á los católicos que se trata, no sólo de la causa de la Iglesia y de la Sede Apostólica, sino también de la de cada uno de los que generosamente dan una parte de su fortuna á la Iglesia; su desprendimiento les hará seguramente merecedores de los tesoros de la bondad y de la misericordia divina.»

El próximo Consistorio se celebrará el mes de Febrero del próximo año, con motivo del aniversario de la exaltación del Padre Santo al trono Pontificio.

Tendrán lugar numerosas promociones.

Monseñor Meglia, Nuncio de la Santa Sede en París; Monseñor Cattani, Nuncio de la Santa Sede en Madrid, y Monseñor Sangrigni, Nuncio en Lisboa, recibirán la púrpura.

El *Correo de los Estados Unidos*, después de trazar un cuadro conmovedor de los estragos de la fiebre amarilla en Nueva-Orleans, pone de relieve en los siguientes términos la admirable conducta de las Hermanas de San Vicente de Paul:

«Debo mencionar aquí el heroísmo de las Hermanas de la Caridad. Sus cuidados son infatigables; su dulzura no es nunca turbada por las noches sin sueño, y la atención constante que prestan á las peticiones de los enfermos y á las oraciones de los agonizantes. He visto á unas mismas Hermanas continuar día y noche su obra. Llevan los remedios consigo, y no contentándose con curar á los enfermos, desinfectan las casas. He visto igualmente á muchos eclesiásticos dar prueba de la misma caridad.»

MISCELANEA

En Amberes se habla mucho de los felices ensayos que se han hecho por un español del aparato de su invención llamado *balsa-bote*, cuyo objeto es la salvación de los naufragos.

Ante el personal del Consulado de España, las autoridades de marina, comisiones oficiales y gran número de damas y armadores, navieros, ingenieros navales y comerciantes, especialmente marineros de todas las nacionalidades, se figuró el espectáculo de un buque con pasajeros que se iba súbitamente á pique, salvándose éstos por la tripulación por medio del aparato.

Los marineros que efectuaban la maniobra eran todos españoles. En el acto de izarse la bandera de socorro á bordo del buque naufrago, se vieron volar de su cubierta unas especies de mamparas ligerísimas, dobladas longitudinalmente en cuatro hojas, que, al caer al agua, quedaban extendidas como una manta.

Los marineros subían sobre sus planas superficies, y tiraban de una cuerda que levantaba las cabezas y bandas de las balsas, quedando los supuestos naufragos dentro de unos botes insumergibles, de variadas formas. Desprendían luego un par de remos sujetos á las bandas, y bogaban velozmente para dar auxilio á los demás naufragos en el agua, ó poco diestros en armar sus botes salvavidas.

Una vez instalados todos en ellos, destornillaban las cabezas de los remos y sacaban de sus huecos guiones unos tubos de hojalata, rellenos de alimentos condensados, y buen vino español.

SOLUCION A LA CHARADA INSERTA EN EL NÚMERO 11

PASTORES

SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

El claustro es el refugio contra las pasiones del mundo.

JEROGLÍFICO



La solución en el número próximo.

ADVERTENCIA

Los señores suscritores cuyo abono á este periódico ha terminado, ó esté á punto de terminar, se servirán renovar su suscripción, ó pagarla si ha vencido, si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

SECCION DE ANUNCIOS

COSTUMBRES POPULARES DE LA SIERRA DE ALBARRACIN

CUENTOS ORIGINALES

por

EL DR. D. MANUEL POLO Y PEYROLON,

correspondiente de la Real Academia de la Historia, abogado y catedrático del Instituto provincial de Teruel.

Quedan pocos ejemplares de la tercera y última edición de este libro, tan recomendado por la censura Eclesiástica y por la Real Academia Española; y al precio de 8 rs. uno, se venden en la librería de Perdiguero, San Martín, 3; en la administración de la *Revista popular*, Pino, 5, bajo, Barcelona, y en casa del autor, Seminario, 9, Teruel.

LIBRERÍA

DE

FRANCISCO IRAVEDRA

Arenal, 6, Madrid

En esta librería se encuentra un completo surtido de toda clase de obras, tanto antiguas como modernas, científicas y literarias, como también se encarga de la compra y venta de toda clase de libros.

Además posee un buen surtido de devocionarios de diferentes clases y precios.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante *Revista*, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

DE LA VIDA Y DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

CONSIDERADAS EN EL ESTADO RELIGIOSO

obra escrita en francés por M. C. GAY,

Obispo de Anthon, Auxiliar del de Poitiers

traducida de la 7.ª edición

POR GABINO TEJADO

Tres tomos, 8.º mayor, á 12 reales cada uno para los que se suscriban desde luego, abonando al recibir el primero y segundo tomos, ya publicados, el importe total de la obra.

Está ya en prensa el tercer tomo, y en breve se publicará, siendo entonces 48 rs. el precio de la obra.

Se suscribe en la librería de Tejado, calle del Arenal, 20, Madrid, y en las demás librerías católicas, como también en las Administraciones de los diarios *El Siglo Futuro* y de *La Fé*, y de las Revistas católicas.

LOS LIBERALES SIN MÁSCARA,

POR

D. VALENTIN GOMEZ

Esta obra se vende á 4 rs. ejemplar en la Administración de este periódico, y en las principales librerías.

A los señores libreros y corresponsales que pidan de doce ejemplares en adelante se les hará una rebaja del 25 por 100.